

# Intervenir con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal: los desafíos ligados a la socialización de género de los profesionales que intervienen con ellos<sup>1</sup>

Pierre Turcotte\*  
François-Olivier Bernard\*\*  
Geneviève Lessard\*\*\*  
Tatiana Sanhueza\*\*\*\*

## Resumen

El presente artículo expone los principales resultados de una investigación-acción concientizante realizada en Quebec, Canadá, con trabajadores sociales que intervienen con hombres que tienen comportamientos violentos en contexto conyugal. Esta investigación-acción se desarrolló entre 2006 a 2010 con el Grupo de Ayuda para Personas Impulsivas (GAPI), un organismo de Quebec que interviene con hombres que poseen comportamientos violentos en contexto conyugal. Se realizó en cuatro tiempos, en los cuales participaron 10 profesionales —cuatro mujeres y seis hombres— de este organismo. En primer lugar, grupos de discusión mixtos con todos los profesionales sirvieron para delimitar el modelo ecléctico de intervención del GAPI. En segundo lugar, grupos de discusión no mixtos permitieron a estos(as) profesionales explorar su socialización de género. En tercer lugar, los resultados de los grupos no mixtos fueron confrontados en los grupos de discusión mixtos. La última etapa estuvo constituida por un balance escrito respondido individualmente por los y las profesionales que participaron en la investigación-acción.

Esta experiencia permitió a estos(as) profesionales identificar ciertos desafíos personales y profesionales ligados a la toma en consideración de la socialización masculina en la intervención con esposos violentos. En el plano personal, las personas participantes de esta investigación tuvieron, primero, una toma de conciencia en cuanto a su propio proceso de socialización de género como hombre o como mujer y sobre la socialización de género de sus colegas del otro sexo. Concerniente a las tomas de conciencia en el plano profesional, aquéllas no fueron realizadas de manera uniforme entre los y las profesionales que participaron de la investigación-acción. Para muchos, tomar en cuenta la socialización de género en la intervención con hombres que manifiestan comportamientos violentos en contexto conyugal se volvió inevitable: la toma

<sup>1</sup> Traducido del francés por Manuel Ribeiro Ferreira.

\* Profesor, Universidad Laval, Quebec, Canadá. Correo electrónico: Pierre.Turcotte@svs.ulaval.ca

\*\* Profesor de asignatura, Universidad Laval, Quebec, Canadá. Correo electrónico: Francois-Olivier.Bernard@svs.ulaval.ca

\*\*\* Profesora titular, Universidad Laval, Quebec, Canadá. Correo electrónico: genevieve.lessard@svs.ulaval.ca

\*\*\*\* Candidata a doctora en Trabajo Social, Universidad Laval, Quebec, Canadá. Correo electrónico: tatiana.sanhueza.1@ulaval.ca

de conciencia de la socialización de género abre a la profundización de la comprensión y de la definición de la violencia conyugal.

Entre los resultados no esperados de esta investigación-acción, la identificación de los desafíos interpersonales entre colegas masculinos y colegas femeninos en las diadas mixtas de los grupos de terapia trajo un mejoramiento de la coanimación mixta.

## **Introducción**

El problema social de la violencia conyugal es preocupante en una ciudad como Quebec, donde cerca de 20 mil infracciones contra la persona en un contexto conyugal se registran cada año por los servicios policiales (Québec, Ministère de la Sécurité Publique, 2012). Según un reporte reciente de la Organización Mundial de la Salud (OMS), más de 35 por ciento de las mujeres han sido víctimas de violencia física o sexual por parte de su pareja íntima.

En consecuencia es importante continuar con las acciones implementadas por la *Política de intervención en materia de violencia conyugal: Prevenir, detectar, oponerse a la violencia conyugal* (Gobierno de Quebec, 1995) y por los planes de acción que le siguieron, entre los cuales el más reciente fue el de 2012-2017. La política y los planes de acción gubernamentales identifican la intervención social con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal como una prioridad en las respuestas sociales a privilegiar.

Este artículo presenta los principales resultados de una investigación-acción en la cual el objetivo general pretendía el desarrollo y la implementación de un modelo de intervención con esposos que tuviesen comportamientos violentos, que tenga en cuenta la socialización de género de los hombres. Se trataba de enriquecer el modelo clínico ya existente en el Grupo de Ayuda para Personas Impulsivas (GAPI), asociando los conocimientos adquiridos desde las investigaciones sobre la construcción social de la masculinidad, como de las investigaciones sobre la intervención social con esposos con comportamientos violentos. Se eligió la investigación-acción como método de investigación ya que aquélla se basa sobre la toma de conciencia de los y las profesionales respecto de su socialización de género como hombres, constituyendo así para ellos una experiencia de implicación personal y de cuestionamiento profesional.

## **Evolución de los conocimientos y prácticas con hombres con comportamientos violentos: la consideración de la socialización de género de los hombres**

El primer organismo comunitario en ofrecer servicios a los hombres con comportamiento violento fue el Centro de intervención y de investigación en violencia conyugal (Pro-Gam), creado en Montreal en 1982.

Los primeros servicios terapéuticos trataban de que los destinatarios asumieran la responsabilidad de sus comportamientos de violencia, así como proteger a las víctimas.

La intervención de tipo control social, ya sea de tipo penal o terapéutica (Horwitz, A., 1990; Turcotte, P., 2010, 2014), con frecuencia era concomitante con la judicialización. En efecto, el problema de la violencia conyugal en Quebec se construyó en los años ochenta del siglo pasado a partir del análisis feminista (Lavergne, C., 1998; Quebec, 1992, 1995) como un problema social que se inscribe en el seno de las relaciones sociales de género, separándose así del paradigma médico que sancionaba a la víctima.

Si bien la judicialización no puede ser utilizada como el único medio para poner fin al problema de la violencia conyugal, ella sigue siendo necesaria, “particularmente para reafirmar el aspecto inaceptable de la violencia conyugal y garantizar la protección de las personas que la sufren” (Blanchette, D. y E. Couto, 2010: 376). Los grupos de ayuda para hombres se inscriben en una perspectiva sociojudicial complementaria con el sistema judicial (Morier, Y. et al., 1991), aunque los acercamientos terapéuticos varíen de un programa a otro. Se desarrolla entonces, en el seno de estos grupos, una *expertise* propia a la violencia conyugal como experiencia del agresor y no de la víctima (ARIHV, 1992 y 1994).

En Quebec, durante los años 1980-1990 la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal puso el acento únicamente en el cambio de comportamiento, en la terminación de todas las formas de violencia y muy poco en el cuestionamiento de la masculinidad tradicional de dominación, contrariamente a la orientación infundida por el grupo *Emerge* de Boston —el primer grupo de hombres que puso en marcha un servicio de ayuda para hombres que manifestaban comportamientos violentos hacia sus parejas—, el cual adoptó esta perspectiva desde su creación (Turcotte, P., 2010).

*Emerge* explicaba que la violencia de los hombres hacia las mujeres tenía como fuente la socialización de los muchachos para ser agresivos; los valores sociales sexistas y patriarcales alentaban la dominación de los hombres sobre las mujeres y el mantenimiento de dichos valores se observaba en las instituciones sociales como la familia, la escuela y los medios de comunicación.

Los pioneros de la intervención con parejas violentas eran muy explícitos en cuanto a la construcción de la violencia a través de la educación de los muchachos, en particular en lo relativo al aislamiento de los hombres (Adams, D. y A. McCormick, 1982).

La pertinencia social y la eficacia de tales intervenciones fueron cuestionadas desde sus inicios (Dankwort, 1988); de ahí derivaron los estudios

sobre el estado de la situación (Rondeau, G., 1989) y sobre la eficacia de las terapias (Ouellet, Lindsay y Saint Jacques, 1993), que condujeron al reconocimiento de su pertinencia social por parte del Estado (Quebec, 1992) y, consecuentemente, a la creación de un financiamiento recurrente de su misión de base por parte del Ministerio de Salud y de los Servicios Sociales.

Esta forma de intervención experimentó una débil tasa de éxito: la perseverancia de los hombres durante el proceso finalizaba con frecuencia en abandono (Rondeau, G., et al., 1999).

Una de las hipótesis para explicar dichos abandonos, elaborada por Christopher M. Murphy y Victoria A. Baxter (1997), es que este tipo de intervención, basado únicamente en la actitud de confrontación directa e intensa de los terapeutas hacia los clientes, tiene como efecto aumentar involuntariamente las defensas del cliente. Los intervinientes de esa época constataban que la confrontación era clínicamente contraproducente y tenía como efecto el reforzamiento de la creencia del cliente de que las relaciones humanas están basadas sobre la influencia coercitiva (Blanchette, D. y E. Couto, 2010: 377), contribuyendo así a mantener ciertas características negativas de la masculinidad tradicional, con frecuencia asociada a la violencia conyugal (Schrock, D. e I. Padavic, 2007).

P. H. Monk (1997) ilustra cómo la socialización de los hombres que les prescribe roles basados en la dominación puede explicar diversos aspectos de la violencia masculina:

[...] no hay duda alguna de que los hombres han sido condicionados a mantener relaciones de opresión, ya que sus relaciones se articulan alrededor de su inversión psicológica en [el] sistema de poder desigual [...] Estas relaciones de dominación, que derivan de la atribución de un rol social particular, tienen ciertas repercusiones negativas sobre la vida personal de los hombres. Así como los hombres mantienen relaciones que están ligadas a cuestiones de poder jerárquico, evitan generalmente encontrarse en situaciones de intimidad o de vulnerabilidad... no es raro que los hombres que viven aislados tengan dificultades para reconocer o para expresar sentimientos dolorosos. Dado que tales sentimientos no son debidamente reconocidos y tomados en consideración, los hombres reaccionan frecuentemente a sus debilidades desarrollando toda clase de enfermedades físicas o dirigiendo su violencia contra ellos mismos o contra los demás (1997: 130).

Diversos estudios sobre la solicitud de ayuda de los hombres (Dulac, G., 1997, 2001 y 2003) se iniciaron en Quebec en la mitad de la década de 1990. En ese momento se creó una mayor apertura para discutir acerca de la socialización de género de los hombres y de sus consecuencias sobre su

salud, particularmente mediante campañas de sensibilización sobre el suicidio masculino, conducidas por la Asociación Quebequense de Suicidología (AQS).

Se inició así la consideración de la construcción social de los roles sociales de sexo entre los hombres (Turcotte, P. y F. Bernard, 2008; Bernard, 2010). Introduciéndose el concepto de socialización de género —o de sexo— para comprender la violencia masculina en contexto conyugal, a saber: un proceso social que, a través de operadores culturales internos como la homofobia —el miedo de no ser diferente del otro género (Dutey, 1994) — y externos como el sexismo, prescribe ciertos comportamientos y proscribire otros (Thompson y Pleck, 1986). Estos roles sexuales definen las normas identitarias y de comportamiento de género —histórica, social y culturalmente construidas— para ser impuestas a los individuos. Dicho proceso constituye la socialización de rol de género y se traduce entre los hombres en los roles y comportamientos de proveedor, trabajador y protector (Turcotte, P., 2002: 45). Esta socialización es impuesta socialmente, bajo la forma de una coacción —tensión, ‘*gender role strain*’ (Pleck, J., 1981)—, a adoptar roles sociales que son a la vez contradictorios —por ejemplo: rol de proveedor/trabajador siempre disponible versus implicación paternal— y psicológicamente destructores. Los individuos que se conforman con base en estos roles sociales constrictores y malsanos pueden vivir lo que J. M. O’Neil (1982) llama ‘conflictos de roles de género’.

El interés por tomar en cuenta la socialización de género en la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal ya había sido abordada en la época de la fundación de *Emerge*, el primer grupo para hombres violentos en los Estados Unidos, fundado en 1977. El programa de intervención de grupo de *Emerge* se basa en las tradiciones del movimiento feminista y del movimiento de los hombres; se orienta a la toma de conciencia de los participantes de las consecuencias de sus actos.

Estos pioneros de la intervención con parejas violentas incluían igualmente la dimensión de lucha contra los valores patriarcales que alentaban a los hombres a adoptar valores vinculados al rol de opresor:

Boys learn that they are different from girls and should not adopt any of the characteristics of girls. They are instructed to model themselves after their fathers. The boy’s father is often a lonely person with few friends of his own. He is a man without the richness of intimacy [...] He is not really close to his son. He fears this closeness, as he fears it with any man, because it suggests homosexuality. Men are rarely, if at all, affectionate with their sons after they reach the age of three or four. Men are almost never affectionate with each other. The male self-monitoring is very strong here, with reminders in the form of name calling (e.g., queer, faggot, sissy), physical attack, or ostracism (Adams, D. y A. McCormick, 1982: 177).

Sobre el plan del cambio personal, la dimensión central del programa de *Emerge* consistía en favorecer la apertura de los hombres a sus propias emociones y a compartirlas entre hombres únicamente (Adams, D. y A. McCormick, 1982), una característica importante del potencial de cambio del grupo de terapia (Turcotte, P., 2012: 124).

Poco después de los primeros trabajos de Germain Dulac (1997), una investigación sobre los factores de perseverancia en terapia con hombres con comportamientos violentos demostró que la calidad de la alianza terapéutica es uno de los principales factores que favorecen la perseverancia en el tratamiento de dichos hombres (Rondeau et al., 1999).

Así, los recursos de ayuda a los hombres con comportamientos violentos subrayan, cada vez más, la distinción entre la persona y su problema. Como lo explica Jacques Salomé apoyándose en los principios humanistas de la relación de ayuda, tal y como fueron desarrollados por Carl R. Rogers (1968), en la relación y finalidad terapéuticas es necesario, primero, acoger al cliente como persona, es decir “favorecer en el otro el crecimiento, el desarrollo, la madurez, un mejor funcionamiento y una mayor capacidad de afrontar la vida” (Salomé, J., 2003: 169). Este tipo de intervención específica con los hombres es el que más se ha desarrollado en Quebec durante los últimos 15 años.

Estos principios, adaptados a la intervención con hombres, son retomados y traducidos por Gilles Tremblay y Pierre L’Heureux (2010) bajo la forma de 10 puntos: ser sensible a las dimensiones de género; ver a los hombres como seres humanos antes que nada; prestar particular atención a nuestras contratransferencias; reconocer la incomodidad en la solicitud de ayuda del hombre y poner atención en el primer contacto; sostener, responsabilizar, empoderar y proteger; proponer un marco de intervención estructurada, sin quitar el acento sobre las emociones; apoyarse en las fortalezas del cliente para contrarrestar la vergüenza; romper el aislamiento afectivo; adaptar los servicios, actuar rápidamente y ser proactivos; cuidarse a sí mismos como intervinientes.

Durante los 10 últimos años se ha notado que la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal se apoya, sobre todo, en una comprensión más compleja de la problemática: la deconstrucción de la violencia a través de la expertise clínica. La intervención ya no está centrada únicamente sobre la confesión de la responsabilidad de un acto criminal, sino que orienta más su intervención sobre el reflejo de las capacidades de cambio del hombre:

Una mejor comprensión de la manera en la que opera esta socialización sexista entre los hombres puede conducir a una intervención más eficaz a través de una percepción diferente de

los clientes, tanto en el plano del discurso social, como en el plano de la prestación de servicios de ayuda: los “ayudar a cambiar” o los “obligar a responsabilizarse” (Turcotte, P., 2010: 356-357).

Recientemente, el objetivo de las investigaciones se ha invertido con el propósito de no solo observar la problemática de la violencia conyugal o la clientela que la ejerce, sino también a aquellos que practican la intervención. Así, ciertos autores (Bailey, B., E. Buchbinder y Z. Eisikovits, 2011; Goldblatt, H., E. Buchbinder, Z. Eisikovits e I. Arizon-Mesinger, 2009; Roy, V., 2010) se han interesado en los desafíos personales y profesionales de aquellos(as) que intervienen con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal, desde una óptica en la cual se considera el género de quien interviene. El objetivo de esta investigación-acción consistía en desarrollar un modelo de intervención con las parejas con comportamientos violentos que considere la socialización de género de los hombres.

En el marco de este proyecto, los y las intervinientes fueron invitados(as) a reflexionar sobre su propia socialización de género vinculada a su práctica clínica.

## **El método**

### **La investigación-acción como experiencia de desarrollo de la práctica**

Inspirándose en esta renovación de la práctica, surgió una investigación-acción en 2006, en colaboración con un organismo quebequense que se dedica a la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal, el Grupo de Ayuda para Personas Impulsivas (GAPI). Este organismo había desarrollado, desde su creación en 1987, un modelo de intervención basado en el análisis feminista de la violencia conyugal.

Esta investigación-acción fue de tipo concientizante —*Participatory Action Research (PAR)*— en el sentido que se apoyó en un proceso reflexivo e introspectivo de los y las intervinientes en lo relativo a la toma de conciencia de las dimensiones de género, tanto en el plano personal como en su práctica profesional. Una investigación sobre la intervención con hombres abordada desde la perspectiva de género implica que se considere la experiencia singular de los actores/investigadores como sujetos sexuados (Morgan, D., 1992).

Con el fin de respetar los principios básicos de la investigación-acción —la igualdad entre investigadores y los y las intervinientes y una acción centrada hacia un cambio social (Mayer, R. y F. Ouellet, 1997)—, se acordó desde el inicio del proyecto crear un comité de coordinación de decisiones para la investigación formado por seis coinvestigadores: cuatro investigadores de campo del GAPI, el investigador universitario y el coordinador de la investigación-acción.

La primera etapa del proyecto fue sistematizar el modelo de intervención del organismo vía cuatro grupos de discusión abiertos para todos los y las intervinientes —permanentes y rempazantes— del organismo. Entre los profesionales del GAPI, cuatro mujeres y seis hombres participaron en estos grupos en relación con el modelo de intervención. Sin embargo, el número de estos(as) profesionales participantes varió a lo largo del proceso de la investigación, que duró cerca de tres años.

La segunda etapa fue optar por un proceso teniendo en consideración la toma de conciencia personal de los y las intervinientes de su socialización de género en su intervención profesional, llevando así hacia una transformación del enfoque clínico del organismo a fin de tomar más en consideración la socialización de género (Turcotte, P., J., Vezina y F. Bernard, 2008). En este objetivo, cuatro grupos de discusión no mixtos fueron organizados, dos con seis profesionales masculinos diferentes y dos con cuatro profesionales femeninos diferentes. Los grupos tenían una duración promedio de 150 minutos, animados por personas del mismo sexo que los participantes, ello con el fin de crear un clima de seguridad que permitiera la divulgación de informaciones más íntimas<sup>2</sup>.

Las cédulas de entrevista de los grupos de discusión no mixtos fueron construidas apoyándose en la premisa siguiente:

... la intervención con hombres de comportamientos violentos es un desafío que proviene sobre todo del hecho que el interviniente, al ser su primer instrumento de intervención, este debe de ser transparente con sus reacciones personales hacia la violencia (Blanchette, D. y E. Couto, 2010: 383).

Las cédulas de entrevista de los grupos de discusión no mixtos empezaban con preguntas de comprensión de lo que es el proceso de socialización de género; después se incluían preguntas concernientes al proceso de socialización de género experimentado por los y las intervinientes, así como el experimentado por las personas de sexo masculino relacionadas con las mujeres intervinientes. Con la ayuda de estas últimas reflexiones, los y las intervinientes establecían vínculos entre su comprensión y sus vivencias personales con aquellas de su clientela y con la intervención con esposos con comportamientos violentos en contexto conyugal.

Un aspecto importante que emergió de los grupos de discusión no mixtos y que no había sido previsto al principio, fue la influencia de la socialización de género en la coanimación mixta y no mixta de los grupos de terapia. Esto puede explicarse por el hecho de que los y las intervinientes,

---

<sup>2</sup> *El grupo no mixto masculino fue animado por Pierre Turcotte, investigador universitario responsable del proyecto, mientras que el grupo femenino fue animado por Geneviève Lessard, profesora de la Universidad Laval.*



antes de participar en este proyecto, nunca habían abordado las dimensiones de género presentes en sus relaciones profesionales.

Enseguida se construyeron dos grupos mixtos de discusión para hacer la puesta en común del contenido de los grupos no mixtos; participaron cinco profesionales hombres y dos profesionales mujeres. Esta puesta en común se hizo solicitando a uno por uno, con los intervinientes masculinos iniciando en cada etapa, lo que los profesionales habían retenido de los comentarios del otro género, siguiendo el mismo orden de las preguntas de las cédulas de entrevista utilizadas por los grupos no mixtos: comprensión de la socialización de género, vivencia de los y las participantes, vínculos con la clientela y con su intervención y, por último, el aspecto sensible de la coanimación. Para preparar esta discusión, una breve síntesis de los propósitos de los intervinientes masculinos había sido entregada a las mujeres intervinientes y viceversa; esta síntesis contenía igualmente algunas citas literales particularmente elocuentes.

Por otro lado, los profesionales subrayaron la pertinencia del paso necesario de los grupos no mixtos hacia los mixtos para maximizar la intimidad (Turcotte, P., J. Vézina y F. Bernard, 2008). Todos los encuentros de los grupos de discusión fueron grabados y transcritos. Desde una óptica de credibilidad y de integridad (Fortin, M., 2010), un resumen de las transcripciones textuales de los grupos de discusión no mixtos fue entregada a los y las profesionales antes de los grupos de discusión mixtos a fin de validar el contenido. Igualmente, en esta óptica, el contenido de las transcripciones de los grupos de discusión mixtos y no mixtos fue triangulada con el contenido de los reportes individuales —personal, profesional y organizacional— entregados por los y las profesionales al final del proyecto.

El contenido de estos reportes individuales, dos provenientes de las profesionales y cinco de los profesionales, partió de un cuestionario escrito que fue llenado al final del proyecto, tratando tanto sobre la apreciación del proyecto, como sobre las diversas tomas de conciencia —personales y profesionales— que los y las profesionales consideraban que habían experimentado. Todas las citas textuales de los grupos de discusión sobre la socialización de género y los reportes individuales fueron codificados a partir de etiquetas temáticas surgidas de la literatura científica sobre la socialización de género y la intervención con parejas que manifiestan comportamientos violentos, y también surgidas de los discursos de los y las profesionales. Un acuerdo *inter-juges* efectuado por el investigador principal y el coordinador del proyecto mostró un alto nivel de concordancia en el plano de la codificación. Un análisis de contenido temático de los grupos de discusión de los intervinientes masculinos y de los grupos de discusión de las intervinientes permitió hacer una comparación temática que luego fue presentada a los y las intervinientes cuando se realizaron los grupos de discusión mixtos. Un análisis de contenido temático también fue efectuado posteriormente a los grupos de discusión mixtos.

## Resultados

La utilización del grupo de discusión en el marco de una investigación-acción de tipo concientizante (PAR) permite a las personas participantes de una investigación hacer diversas tomas de conciencia (Chiu, L., 2003). Así, en el transcurso de esta investigación-acción participativa, los y las profesionales hicieron tomas de conciencia sobre tres planos: personal, profesional e interpersonal. Estos procesos de concientización están estrechamente ligados a diferentes desafíos de la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal. Las personas participantes de esta investigación expresaron que el hecho de haber compartido este proceso, como personas y como profesionales, les permitió enriquecer la coanimación de los grupos de terapia, particularmente en las díadas mixtas.

### *o Las tomas de conciencia sobre el plano personal*

Los procesos de concientización personales fueron desiguales entre los y las intervinientes, puesto que al inicio del proyecto cada uno de ellos(as) no había experimentado el mismo nivel de reflexión en relación con el proceso de socialización de género.

Para algunos(as) intervinientes se trataba de una actualización o de una profundización de su reflexión sobre este tema; para otros(as), sus primeras tomas de conciencia se hicieron en el transcurso de la investigación-acción.

Empezar los intercambios mediante una reflexión sobre su historia de vida respectiva permitió, tanto a los como a las intervinientes, adquirir conciencia de que la socialización de género de los hombres en Quebec — intervinientes y clientes— conduce hacia una masculinidad tradicional<sup>3</sup> que busca “evacuar” lo femenino, detrás de lo cual se esconde una homofobia o un miedo a la homosexualidad (Dulac, G., 2003):

Efectivamente adquirí conciencia, en relación con mi propia socialización de género [masculino]; por ejemplo, la necesidad de demostrar lo menos posible mi vulnerabilidad, de ser independiente —sin considerar el bienestar personal, al no solicitar ayuda—, de refugiarse solo en el sufrimiento, de responder a una presión de desempeño —macho, proveedor—, de mencionar lo menos posible las vivencias emocionales, de llevar una máscara de estoicismo, de utilizar el humor para esconder una enfermedad —en vez de afirmarse adecuadamente— (reporte interviniente hombre).

---

<sup>3</sup> Yves Nantel y Érica Gascon (2002:110), apoyándose en los principios del enfoque estructural (Moreau, M., 1987), proponen el concepto de rol masculino conservador.

Me di cuenta de que mi lado competitivo deriva de eso [socialización masculina] así como mi propensión a ser protector con mis hijos. [...] una buena parte de mis valores personales derivan de esta socialización (reporte interviniente hombre).

Si bien los procesos de adquisición de conciencia sobre su propia socialización no fueron uniformes para todos(as), los relativos a la socialización de género de los y las intervinientes del otro sexo constituyeron un aprendizaje unánime, y eso tanto sobre el proceso de socialización como tal, como sobre las consecuencias que derivaron, entre las cuales hay algunas diferencias entre los hombres y las mujeres.

Antes yo consideraba la influencia de la socialización sobre todo a nivel del impacto en la clientela. Eso me permitió, entre otras cosas, comprender bajo otra perspectiva ciertas diferencias con mis colegas (grupo masculino).

Ello aumentó la presión entre las mujeres. Tú debes, además de ser una madre amante, escuchar, estar atenta, ocuparte de tu hombre, el aspecto más tradicional de la cosa; ahora debes también rendir en el trabajo, en el nivel profesional... Es mi manera de verlo y de comprenderlo. Al límite, permanece la presión tradicional a la que se añade la presión del feminismo, que consiste en desarrollarse en todas las otras esferas de la vida (interviniente hombre, grupo mixto).

Dado que la socialización de género influye sobre “la formación de la identidad de género y la manera en la que es practicada” (Tremblay, G. y P. L’Heureux, 2010: 97), la manera en la que cada interviniente hombre y mujer se involucró en las discusiones posiblemente estuvo también influida por la forma en la que cada uno y cada una vivió el proceso de socialización de género. Por ejemplo, en el GAPI hay mucho humor en las interacciones entre intervinientes de ambos sexos. Algunos(as) intervinientes afirmaban que el hecho de prestarse al juego de las metáforas y al humor se debe al hecho de que trabajaban en un medio de trabajo masculino. Según los y las intervinientes, el humor, sin que sea reservado exclusivamente al género masculino, era principalmente utilizado por los hombres, y eso, desde que son jóvenes:

Los que hacen reír, los bufones en los cursos de la escuela y en las clases, yo diría que nueve de cada 10 veces, estoy seguro, es un muchacho (grupo masculino).

Según Schrock y Padavic (2007), este humor sería útil para los hombres, tanto para los intervinientes como para los clientes mismos, con el fin de evitar revelar las experiencias personales vividas. ¿Acaso el humor en los grupos de discusión mixtos consideraba dicho propósito? La respuesta a esta

pregunta no fue respondida por los y las intervinientes; sin embargo, ellos(as) expresaron un interés marcado en mantener el carácter no mixto de los grupos de discusión si es que tenían que volver a profundizar sobre ciertos aspectos sensibles.

Otros desafíos más personales fueron planteados por los y las intervinientes que no habían reflexionado sobre la socialización de género de los hombres y que constituyeron importantes procesos de concientización para ellos(as). Entre estos desafíos parece haber una gran presión cuando se interviene en una organización para hombres, con mayoría de hombres trabajadores, en una problemática construida por las mujeres en donde la organización aún tiene que probar todo:

Tenemos una expertise, tenemos intervinientes súper calificados que son capaces de hacer multitud de cosas. Pero siempre he dicho que hay un nivel de exigencia en nuestra organización que está como implícita, que está ahí. Yo lo vinculo sobre todo al tema [violencia conyugal], siempre desde la óptica del patriarcado, que en el conjunto de las organizaciones, la noción de desempeño en los organismos de hombres [es importante] (interviniente hombre, grupo mixto).

Esta presión sentida se vive de manera diferente según sea un profesional hombre o mujer. Para las profesionales, ellas dicen vivir en ocasiones una fractura que proviene de otras intervinientes de servicios para mujeres que sufren violencia conyugal, como si intervenir con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal fuese un signo de que ellas tomaran partido por ellos. Más allá de este juego de carácter más bien político, las intervinientes sienten presiones en el interior mismo de su lugar de trabajo. Ellas tienen la impresión de tener que demostrar todo constantemente, ya que su credibilidad regularmente es cuestionada por la clientela. Para tener impacto sobre ella, ellas deben probar esta credibilidad. Con el fin de poder confrontar eficazmente la violencia masculina, una interviniente, en su intervención, debe efectivamente ser creíble frente a su cliente (Tyagi, S., 2006: 9). Como de hecho da testimonio esta interviniente:

Lo que tal vez cuenta menos entre los intervinientes que con las intervinientes es lo que yo describo como la especie de "juego" de brazo de hierro que ellos me harán pasar antes de que yo sea creíble (interviniente mujer, grupo mixto).

En cambio, para los intervinientes masculinos las presiones sentidas provienen tanto de la clientela como de sus colegas. Ellos creen que deben ser modelos, ser hombres sin fallas (Goldblatt, H., E. Buchbinder, Z. Eisikovits e I. Arizon-Mesinger, 2009).

Ellos tienen dificultad en experimentar esta presión de desempeño, ya que se sienten obligados a ser un modelo perfecto en el plano de las relaciones igualitarias:

¿Quién debo ser yo para mostrar el camino a seguir cuando yo mismo cometo errores como hombre? Me parece que eso es de alguna manera confrontante (grupo masculino).

La imposibilidad de responder a esta exigencia les confronta a diversas emociones, como la ansiedad del hecho de parecerse a su clientela, o de avergonzarse:

The [facilitators] are expected to present a flawless model of proper male behavior at all times [...] His guilt seems to derive from his suspicion that he may be a fake preacher<sup>4</sup> (Bailey, B., E. Buchbinder y Z. Eisikovits, 2011: 1750-1751).

Del mismo modo que las mujeres, pero de manera sensiblemente diferente, los intervinientes masculinos también tienen la impresión de tener que tomar partido por los hombres o las mujeres con el fin de que los otros servicios puedan posicionarlos favorablemente en la palestra política.

En tanto intervinientes masculinos, forman parte de manera natural de la categoría de los hombres, por lo tanto tienen la obligación de probar su compromiso con la causa, aunque al mismo tiempo sienten que niegan una parte de ellos mismos (Bailey, B., E. Buchbinder y Z. Eisikovits, 2011: 1756). Eso se refleja en la relación con la clientela, donde los intervinientes deben siempre permanecer vigilantes con el propósito de no atravesar la barrera y legitimar los dichos y comportamientos de los hombres en el grupo:

Podría haber una connivencia entre los hombres del grupo de terapia y el interviniente masculino, una especie de conexión debida a una historia social similar (reporte interviniente hombre).

#### *o Las tomas de conciencia en el plano profesional*

Las tomas de conciencia profesionales son tan desiguales entre los y las intervinientes como las de orden personal. Por ello, para algunos y algunas intervinientes tomar en cuenta la socialización de género en la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal se ha vuelto imprescindible.

Ahora me sorprende al poner particular atención a la niñez y adolescencia de los clientes que consultan aquí. Con frecuencia

---

<sup>4</sup> Se espera de los intervinientes masculinos que sean un modelo perfecto de comportamiento todo el tiempo. Su culpabilidad parece provenir del hecho que se pueda sospechar que son unos impostores (traducción libre).

hay que hacer muchas correlaciones entre su construcción [como hombres] y sus comportamientos de violencia actuales. Ello se traduce más en mis notas evolutivas, en mis observaciones clínicas, así como en mis intervenciones. Considero la socialización masculina como un elemento sin retorno en la comprensión de la problemática de los hombres (reporte interviniente hombre).

Un elemento particular de las tomas de conciencia profesionales es que influyen tanto a las personas como a la organización entera, lo que no es el caso cuando se trata de las tomas de conciencia en el plano personal. De hecho, una de las tomas de conciencia profesionales consiste en la profundización de la definición de la violencia conyugal.

Considerar la socialización de género, tanto en el análisis de las situaciones de violencia conyugal como en la intervención directa con los hombres, provoca que los y las intervinientes desarrollen una visión más compleja de la problemática. Por ejemplo, estos últimos pueden concebir que la socialización de género pueda conducir a los hombres a reaccionar con violencia conyugal en ciertas situaciones y que sea percibida como un problema social o individual.

No obstante, la socialización de género es definida más bien como una de las explicaciones de la violencia conyugal y no como una justificación para los comportamientos de violencia.

Eso me permitió también resituar nuestra intervención en su perspectiva social y no solamente individual (reporte interviniente mujer).

[La investigación-acción] también permitió aclarar —en parte— las ambigüedades ligadas a la socialización versus la violencia conyugal: sufrimiento de los hombres, impacto de la socialización y de la historia del participante sin caer en la no responsabilización, etcétera (interviniente mujer, grupo mixto).

Explorar de manera más precisa la historia de vida de los clientes a través del proceso de construcción de la identidad de género de los hombres, permitió a los y las profesionales enriquecer su comprensión del patrón de violencia conyugal de sus clientes.

Para deconstruirlo parece más eficaz, al menos en el caso de los intervinientes masculinos, abordar el sufrimiento de los hombres, reconociendo que el proceso de socialización masculina es violento (Dulac, G., 2001) o enajenante (Nantel, Y. y É. Gascon, 2002; Turcotte, P., 2010). Ello permite volver a centrar al cliente en su problema de violencia:

Ello me permitió tener una visión más matizada de la violencia: no solamente una cuestión de dominación masculina y de control patriarcal, sino también un sufrimiento cuyos orígenes son culturales y sociales y que conduce al hombre a patrones y a mecanismos de defensa despreciables y perjudiciales para la humanidad (interviniente mujer, grupo mixto).

Favorecer la expresión de la vivencia emotiva y no simplemente la confrontación ligada a la violencia. [...] Utilizar el símbolo de la máscara: la imagen, el aparentar, la presión masculina, versus ser simplemente, independientemente del género; humanos antes que todo (reporte interviniente hombre).

La resistencia de las profesionales para intervenir, tomando en cuenta la socialización de género de los clientes, está ligada al riesgo de perder de vista la violencia si ellas abordan el sufrimiento de los hombres, y que de esa manera el grupo se convierta en uno de ayuda mutua sobre la masculinidad, más que una terapia sobre la violencia conyugal.

En resumen, en el equipo y en las díadas mixtas de coanimación falta encontrar una zona de confort, a saber: hasta dónde es posible otorgar tiempo e importancia al sufrimiento del hombre en su camino relativo a su problema de violencia conyugal.

A través de la experiencia de la investigación-acción, algunos(as) intervinientes desarrollaron prácticas que consideraban la socialización de género. Para estos(as) últimos, el punto central es en el momento de la recepción y de la evaluación del funcionamiento social del cliente. En esta etapa del proceso de intervención es primordial crear un vínculo de confianza. Por lo tanto es necesario, ante todo, de acoger al hombre de manera respetuosa y sin juzgarlo.

Es una particularidad, creo yo, en la intervención que tenemos que hacer con hombres, comparativamente con los principios de intervención que aprendemos de manera general en nuestra formación. Es importante tener un lazo sólido, crear un vínculo de confianza, entonces no estoy seguro [de] que eso se construya de la misma manera, ya que se maneja de la misma manera con una clientela masculina y una clientela femenina (interviniente hombre, grupo mixto).

Darse la oportunidad de otra entrevista de recepción-evaluación para favorecer la confianza, el descubrimiento, sin utilizar constantemente el cuestionario enajenante... La valorización del

[encuentro] preterapia; es decir, un espacio para un descubrimiento sin juicios y que puede salir del marco de la violencia: la punta versus la base del iceberg (interviniente hombre, grupo mixto).

Durante el proceso de intervención, los desafíos profesionales de los y las intervinientes son diferentes según el momento en el que se encuentran con los clientes. Existe un mayor desafío para un interviniente masculino al recibir a un cliente al principio del proceso de intervención, mientras que es más difícil para una interviniente confrontar a un cliente en el curso de la terapia de grupo.

Según yo, hay una diferencia en la intervención en el sentido amplio sobre el proceso, según los momentos de intervención. Al momento de la recepción, el desafío, sin minimizar lo que pueda ser solicitado a las intervinientes, es menos escandaloso [en la tarea de] crear un vínculo. La noción de solicitar ayuda a una mujer o de estar en un proceso de ayuda y de recibir ayuda de una mujer... Según yo, está menos en juego [que cuando es un interviniente hombre] (interviniente hombre, grupo mixto).

La explicación formulada por los y las intervinientes a este desafío ligado con el género en la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal es la homofobia, omnipresente en la masculinidad tradicional —o conservadora—, de la cual la mayor parte de la clientela tiene numerosos rasgos. Ello crea una distancia desde el inicio entre el cliente y el interviniente masculino. De hecho, el sexismo hacia las mujeres no estaría presente en la etapa de acogida, ya que los clientes tienen una visión de las mujeres como expertas en las emociones (Roy, V., 2010).

En cambio, a medida que se avanza, de ser confrontado [por una mujer] ¡oups, es otro par de mangas! [...] No estoy seguro de que el aspecto del sexismo esté ahí desde el principio. Según yo, el sexismo entra rápidamente, pero no estoy seguro de que sea lo primero. Mientras que la homofobia, al contrario, estará ahí desde el principio y se difumina desde que se crea el vínculo (interviniente hombre, grupo mixto).

Sin embargo, más tarde, durante la terapia cuando un interviniente masculino confronta a un cliente, este último concibe esta intervención como una sana competencia entre hombres, mientras que cuando es una mujer quien lo confronta, el sexismo hacia las mujeres emerge y provoca que la identidad de género del cliente sea cuestionada (Franchina, J., R. Eisler y T. Moore, 2001). Tal situación confirma lo que Valérie Roy (2010) reporta con relación a que los clientes son más abiertos a las confrontaciones de los intervinientes masculinos, mientras que se sienten más rápidamente juzgados por las intervinientes mujeres.



### **•Toma de conciencia sobre el plano de la influencia de género en las relaciones entre los miembros del equipo**

Como último desafío, es importante enfatizar las relaciones con los y las colegas, en particular la manera en que influye su socialización de género en sus relaciones interpersonales. Según ellos(as), su socialización influye también en la manera en la que ellos(as) se dan a conocer —intimidad— o no, la calidad de su implicación en las supervisiones clínicas, etcétera. Estas similitudes y diferencias, o más bien esta capacidad, esta voluntad de encontrarse con el otro, facilita o perjudica la comunicación de algunos(as) intervinientes. Así, cuando ellos(as) intervienen conjuntamente o en reuniones clínicas, algunos y algunas intervinientes prefieren centrarse en la tarea más que implicarse personalmente con mayor profundidad.

Incluso si al principio de la investigación el acercamiento entre colegas no era siempre evidente debido a una socialización de género diferente, las tomas de conciencia interpersonales o intergénero en los grupos de discusión permitieron a los y las intervinientes comprender mejor a sus colegas y, en consecuencia, sus intervenciones. Esta oportunidad de decirse “las verdades”, primero entre colegas del mismo sexo en los grupos no mixtos y después en los grupos mixtos, se refleja en la forma de escuchar y en la apertura hacia el otro(a) como persona y no solamente como un o una interviniente.

El contenido de los encuentros de grupos [mixtos y no mixtos] permitieron un momento y un contexto con el fin de decirse cosas que posiblemente no hubieran podido decirse de otra manera y favoreció así un mejor conocimiento mutuo (interviniente mujer, grupo mixto).

[Yo noté una] mayor apertura al descubrimiento personal de los y las intervinientes (interviniente hombre, grupo mixto).

Este mayor conocimiento y mejor comprensión de la realidad del y de la interviniente del otro género en la intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal permite intervenir de manera más justa cuando se utiliza en los grupos de terapia. Por ejemplo, los sesgos de la clientela hacia uno de los dos géneros, así como las transferencias y contratransferencias experimentadas en grupo pueden ser disminuidas o utilizadas en la intervención cuando los y las intervinientes son conscientes de eso (Tyagi, S., 2006). Además, esta conciencia de las dificultades inherentes a los géneros permite una mejor solidaridad entre los y las intervinientes.

Para mí son los desafíos que con frecuencia regresan a posteriori, después del grupo de ver como mi colega —mujer—, tengo la suerte de trabajar con dos mujeres aquí y en otros lados, y de ver que

en los grupos a veces ellas se sienten totalmente aisladas. Porque incluso yo, en tanto hombre por mi socialización, por mi género, tengo tendencia a banalizar algo que para ella es muy importante (interviniente hombre, grupo mixto).

Nunca me detuve verdaderamente a pensar lo que mis colegas mujeres viven aquí todos los días en el mismo contexto [intervenir únicamente con personas del otro género]. Posiblemente no me detuve a pensar en ello suficientemente. En un momento dado eso debe incluso influir en tu relación con los hombres en general por el hecho de trabajar únicamente con hombres que tienen comportamientos violentos (interviniente hombre, grupo mixto).

Del mismo modo, esta solidaridad y apertura con el otro(a) también se acrecentó hacia los y las colegas del mismo sexo. Ello se debió, sobre todo, a los elementos íntimos abordados por cada profesional durante los grupos de discusión. Así, hay una comprensión mutua y una aceptación de las diferencias ligadas a los procesos de socialización similares con algunos matices.

Mientras que en los hechos uno se da cuenta de que hay multitud de variantes solo entre nosotros [intervinientes hombres], a pesar de un montón de similitudes en lo que somos y en lo que hacemos, hay un montón de variantes (interviniente hombre, grupo mixto).

Para los intervinientes masculinos, esta mejor comprensión y apertura a las realidades del otro(a) también se refleja en su visión de la clientela. Los intervinientes masculinos se ven parecidos como hombres y a la vez diferentes de los clientes.

Yo estoy en periodo de reflexión desde que estoy aquí, eso está en constante cambio. Pero mientras más frecuento a los hombres, más me doy cuenta de que yo mismo soy un hombre. Tengo mucho aspecto de estereotipo masculino, tengo bastante. Pero al mismo tiempo también tengo un lado en el que soy abierto, en el que escucho. Por lo tanto fácilmente hago sentir a los hombres — clientes— cómodos (grupo masculino).

### **El mejoramiento de la coanimación en las díadas mixtas y no mixtas**

Aquí debemos señalar un punto importante: las díadas de coanimación no mixtas en el organismo participante estuvieron constituidas por dos hombres intervinientes, ninguna díada no mixta estuvo compuesta por dos mujeres intervinientes.

Dado que todos los profesionales masculinos permanentes se quedaron en el equipo desde el inicio de la investigación-acción, una mejor

comprensión de las socializaciones experimentadas con sus matices permaneció y se transparentó en su coanimación.

Modificamos nuestra manera de trabajar en grupo apostando antes que nada en la dinámica, en las fuerzas de cada uno, en la complicidad, la confianza mutua, el empoderamiento, la ayuda mutua, el descubrimiento emotivo, etcétera (interviniente hombre, grupo mixto).

Además, la toma de conciencia del riesgo de colusión con los hombres en el grupo permaneció solapada en su intervención.

En lo que se refiere a las diadas mixtas, existe una mejor colaboración interpersonal en la que cada uno(a) está consciente de las fuerzas y límites del otro. Así, ellos(as) pueden utilizar su conocimiento mutuo directamente en la intervención.

Yo pienso haber acrecentado mi reflejo de tomar en cuenta en mi análisis y su utilización en mis intervenciones, particularmente mencionándolo más directamente a los hombres [diferencias en la socialización de género] (interviniente hombre, grupo mixto).

Además, esta utilización repercute también en la preparación de los encuentros y de las intervenciones a realizar. Por ejemplo, los y las intervinientes podrán atribuirse roles diferentes según sea la homofobia que aparezca cuando el interviniente masculino sea el que intervenga, versus el sexismo cuando sea la interviniente quien lo haga.

Yo también soy confrontacional en la intervención, pero en mi confrontación voy a ser percibido sobre todo por el hombre como que entramos en una competencia. [...] Mientras que con la [interviniente mujer] va a ser en el enfrentamiento que va a ser percibido como: ella me ataca. [...] Del mismo modo, probablemente cuando se interviene sobre todo en el aspecto emocional, las estrategias de la interviniente no serán las mismas que las mías. Para mí será necesario que valide el hecho de que hablamos de emociones. Yo no podría llegar y decir "cómo te sientes" de manera sistemática. Va a ser necesario que yo diga que como hombres tenemos dificultad para hablar y contextualizar para que sea vendible... nuestras estrategias en la intervención serán diferentes según que uno sea un hombre o una mujer (interviniente hombre, grupo mixto).

Sin embargo, los y las intervinientes permanecen vigilantes para no volver a reproducir la socialización de género y desean ser modelos masculinos o femeninos diferentes de los modelos tradicionales. En cambio, la clientela puede transformar este deseo en un desafío:

las intervinientes observan que los hombres tratan en ocasiones de quebrantar este modelo [de relación igualitaria en la coanimación mixta], ya sea buscando una colusión con el interviniente masculino, o aislando a la interviniente con comentarios sexistas (Roy, V., 2010: 180).

En ese momento, la intervención que se pretende hacer sigue siendo complicada, ya que la socialización de género juega a veces en diversos niveles, particularmente para los y las intervinientes.

Como ha sido señalado por Smita Vir Tyagi (2006: 4), las exigencias ligadas a una relación profesional intergénero asociada a un rol de liderazgo en el seno del grupo son muy confrontantes para una interviniente, dados su sexo y su posición de autoridad, tomando en cuenta los complejos desafíos de género ligados a la animación de un grupo de terapia compuesto únicamente por hombres. Un interviniente masculino se expresó así:

Si sigo esta reflexión [sorprendido de que las intervinientes se sientan salvadas por los intervinientes], supongamos que yo me posiciono como interviniente y que hay declaraciones sexistas en el grupo. Puedo también tener la preocupación que el grupo no se desorganice, que no se salga por la tangente... Entonces es este reajuste que quiero hacer, más que mi preocupación de que a mi coanimadora, que escucha todo eso, le parezca que eso no tiene sentido (interviniente hombre, grupo mixto).

Valérie Roy (2010) sugiere que puede ser apropiado para los y las intervinientes utilizar los roles tradicionales como estrategia de intervención, como punto de partida para el cuestionamiento de los roles de género (2010:12), enfatizando así la complejidad de la coanimación mixta de los grupos para hombres con comportamientos violentos en contexto conyugal.

### **Tener en cuenta el género en la intervención con el fin de deconstruirlo**

La intervención con hombres con comportamientos violentos en contexto de violencia conyugal que tiene en cuenta la socialización que prescribe a los hombres roles y actitudes no respetuosas, tanto hacia ellos mismos como hacia los demás, reconoce que la fuente de la violencia está inscrita en las relaciones sociales de género (Jakupcak, M., D. Lisak y L. Roemer, 2002; Moore, T. y G. Stuart, 2005), relaciones construidas que pueden, por lo tanto, ser modificadas. En efecto, esta intervención no se enfoca en respetar los roles de género, sino a conocerlos y reconocerlos en situaciones de intervención, todo con el fin de deconstruirlos. Ser consciente de ello evita reproducirlos inconscientemente:

Facilitators could be trained to recognize and point out when participants are reproducing meanings and practices of masculinity that have been linked to violence against women. Doing so in a way that does not merely shame or embarrass participants, but instead encourages them to reflect on why they value such qualities; where such notions come from; who they benefit; and how acting on them harms themselves, their partners, and their children, might be effective (Schrock, D. e I. Padavic, 2007: 644).

Por lo tanto, se puede resocializar a estos hombres mediante una nueva socialización de género que prescribirá nuevos roles y actitudes igualitarias, puesto que la socialización no constituye un determinismo —como puede ser la biología, por ejemplo—. La historia de cada uno permite ver que se puede estar más o menos obligado; por ejemplo, los castigos y recompensas son diferentes según el contexto: en medio rural hay menos posibilidades de sentirse masculino que en medio urbano, y también según las épocas: los años setenta del siglo XX constituyeron un periodo más libertario en el que había mayores posibilidades de ser masculino de otra manera.

## Conclusión

Esta investigación-acción concientizante con un grupo de profesionales —hombres y mujeres— que se implicaron, como personas y como profesionales, si bien estuvo limitada a 10 personas que laboran en el mismo organismo, el GAPI, constituye una ilustración de que es posible hacer más compleja la intervención con el propósito de acercarse aún más a la realidad que experimentan los clientes masculinos que enfrentan una problemática social que toca su identidad misma: su realidad en tanto hombres.

De hecho existiría interés por conducir investigaciones sobre este tema en los servicios de primera línea —salud y salud mental—, o relacionados con la paternidad para explorar cómo la vivencia de los y las profesionales influye también en sus percepciones e intervenciones con los padres. Es cierto que se puede percibir el procedimiento de ayuda de los hombres como una búsqueda de sentido que puede llegar a cuestionar su concepción de lo masculino.

La socialización no es un determinismo —como la biología—, sino un proceso inscrito cultural y socialmente en la historia de cada persona por la adquisición de la cultura, la integración de esta cultura a su personalidad y la adaptación al contexto social (Rocher, 1992: 131). Una mejor comprensión sobre la manera en que opera la socialización de género entre los hombres puede conducir a una intervención más eficaz mediante una percepción diferente de los clientes, tanto en el plano del discurso social, como en el plano de la prestación de servicios de ayuda.

Las tomas de conciencia derivadas de esta experiencia de investigación-acción participativa generaron entre los profesionales un saber desde la praxis que se tradujo, particularmente, en la integración de nuevas prácticas clínicas para los y las intervinientes y permitió al organismo renovar el contenido de la formación de sus nuevos(as) intervinientes y de sus talleres para los y las intervinientes que trabajan con clientelas masculinas. Así, la masculinidad como construcción social y cultural está evolucionando, aunque el modelo dominante —blanco, heterosexual, burgués— sigue predominando, aún si cada quien puede estar más o menos obligado o no de adoptarlo según el contexto. En resumen, dejar de ser violento no quiere decir ser menos masculino, sino más humano. Las tomas de conciencia, tanto profesionales como personales realizadas en el transcurso de esta investigación-acción, permitieron a los y las profesionales aproximarse de manera mucho más concreta a la complejidad de los desafíos que rodean la intervención sobre una problemática que se encuentra en el corazón mismo de las relaciones sociales de género, en donde todos los(as) actores —clientes masculinos e intervinientes masculinos y femeninos— se encuentran en proceso.

Los resultados de esta investigación-acción permitieron desarrollar una concepción y un enfoque de intervención cuyo objetivo es deconstruir la violencia masculina en contexto conyugal a partir de estudios sobre las masculinidades. Estos resultados, aunque limitados, nos convencen de la pertinencia de este enfoque, pero también de las posibilidades para los hombres de sacar la violencia conyugal de sus vidas, de ir más allá de únicamente un cambio personal.

Para ello se necesita, por lo menos, de un nuevo discurso sobre los hombres y las masculinidades que refleje la creación de nuevos modelos identitarios ya presentes en muchos hombres. De nuevas normas de identidad que se experimenten pueden surgir nuevas normas de comportamientos masculinos, en coherencia con la conquista de la igualdad entre los sexos, aportada principalmente por el movimiento de emancipación de las mujeres. Estos nuevos modelos masculinos que colocan a los hombres como individuos con género están en gestación. El campo de batalla es la vida privada; la forma que adquiere esta lucha es a la vez social y cultural, ya que se trata de la creación de nuevas normas identitarias.

Señalemos, por ejemplo, los espacios en los cuales se redefinen y se construyen desde ya las nuevas masculinidades: la conyugalidad; la intimidad entre hombres; la cultura de la paternidad y el lugar del padre en sus vínculos afectivos con los hijos(as); la paternidad como parentalidad en masculino; la relación de los hombres con los otros hombres y la lucha contra la homofobia.

## Bibliografía

Adams, David y Andrew J. McCormick (1982). "Men Unlearning Violence: A Group Approach Based on the Collective Model", en Maria Roy (ed.), *The Abusive Partner: An Analysis of Domestic Battering*, Nueva York, Van Nostrand Reinhold, pp. 170- 197.

ARIHV (1992). Le rôle complémentaire des organismes communautaires de traitement des conjoints violents, dans une perspective globale d'action visant à prévenir et à contrer la violence faite aux femmes, Montreal, ARIHV.

ARIHV (1994). *Les aspects cliniques et judiciaires de la responsabilisation des hommes violents en contexte de sociojudiciarisation de la violence conjugale: Actes du Séminaire provincial sur l'intervention sociale auprès des hommes violents*, Montreal, ARIHV.

Bailey, Benjamin, Eli Buchbinder y Zvi Eisikovits (2011). "Male Social Workers Working with Men who Batter: Dilemmas in Gender Identity", *Journal of Interpersonal Violence* (26, 9), pp. 1741–1762.

Bernard, François Olivier (2010). *Prises de conscience liées à la socialisation de genre d'intervenants masculins auprès d'hommes aux comportements violents*, Memoria de maestría en servicio social, Quebec, Université Laval. Disponible en; [http://www.criviff.ulaval.ca/masculinites\\_societe/cms/index.php?menu=5&temps=1371128120#ancre163](http://www.criviff.ulaval.ca/masculinites_societe/cms/index.php?menu=5&temps=1371128120#ancre163)

Blanchette, Daniel y E. Couto (2010). "Un modèle d'aide aux hommes pour sortir de l'impasse de la violence conjugale" en Jean Martin Deslauriers (coord.), *Regards sur les hommes et les masculinités: comprendre et intervenir*, Quebec, Presses de l'Université Laval, cap. 16, pp. 371-393.

Chiu, Lai Fong (2003). "Transformational Potential of Focus Group Practice in Participatory Action Research", *Action Research* (1, 2), pp. 165-183.

Dankwort, Juergen (1988). "Programmes pour les hommes batteurs: une question de responsabilité",. *Intervention* (79), pp. 73-83.

Dulac, Germain (2003). "Masculinité y intimité", *Sociologie et sociétés* (35, 2), pp. 9-34.

Dulac, Germain (2001). *Aider les hommes... aussi*, Montreal, VLB Éditeur.

Dulac, Germain (1997). *Les demandes d'aide des hommes*, Rapport de recherche, Montreal, Université McGill (Centre d'études appliquées sur la famille).

Dutey, Pierre (1994). Des mots aux maux. *En La peur de l'autre en soi*, Daniel Welzer-Lang, Pierre Dutey y Michel Dorais (éd.), Montréal, VLB, pp. 147- 196.

Edin, Kerstin E., Ann Lalos, Ulf Högberg y Lars Dahlgren (2008). "Violent Men: Ordinary and Deviant", *Journal of Interpersonal Violence* (23, 2), pp. 225-244.

Fortin, Marie-Fabienne (2010). *Fondements et étapes du processus de recherche: méthodes quantitatives et qualitatives*, 2a ed., Boucherville, Chenelière Éducation.

Franchina, Joseph J., Richard M. Eisler y Todd M. Moore (2001). "Masculine gender role stress and intimate abuse: Effects of masculine gender relevance of dating situations and female threat on men's attributions and affective response", *Psychology of Men & Masculinity*, 2(1), pp. 34-41.

Goldblatt, H., E. Buchbinder, Z. Eisikovits e I. Arizon-Mesinger (2009). "Between the Professional and the Private: The Meaning of Working with Intimate Partner Violence in Social Workers' Private Lives", *Violence Against Women* (15), pp. 362-384.

Gondolf, Edward (2000). "How Batterer Program Participants Avoid Re-assault", *Violence against Women* (6,11), pp. 1204-1222.

Gobierno de Quebec (1995). *Politique d'intervention en matière de violence conjugale: prévenir, dépister, contrer la violence conjugale*, Quebec, Les Publications du Québec.

Hannan, Carolyn (2013). *Challenging the Gender Order*.

Disponible en:

[http://www.iwg-gti.org/@Bin/22804/Carolyn\\_Hannankeynote\\_e.pdf](http://www.iwg-gti.org/@Bin/22804/Carolyn_Hannankeynote_e.pdf)

(Página consultada el 3 de diciembre de 2013.)

Horwitz, Allan V. (1990). *The Logic of Social Control*, Nueva York, Plenum Press.

Jakupcak, Mathew, David Lisak y Lizabeth Roemer (2002). "The Role of Masculine Ideology and Masculine Gender Role Stress in Men's Perpetration of Relationship Violence", *Psychology of Men & Masculinity* (3, 2), pp. 97-106.

Lavergne, Chantal (1998). "Analyse du processus de construction de la violence faite aux femmes en contexte conjugal comme problème socio-pénal au Québec", *Canadian Journal of Women and the Law/Revue juridique La femme et le Droit* (10), pp. 377- 399.



Mayer, Robert y Francine Ouellet (1997). "La diversité des approches dans la recherche qualitative au Québec depuis 1970: le cas du champ des services de santé et des services sociaux", en J. Poupart, L. H. Groulx, Robert Mayer, J. P. Deslauriers, A. Lapierre y A. P. Pires (eds.), *La recherche qualitative: diversité des champs et des pratiques au Québec*, Boucherville, Gaëtan Morin.

Moore, Todd M. y Gregory L. Stuart (2005). "A Review of the Literature on Masculinity and Partner Violence", *Psychology of Men & Masculinity* (6, 1), pp. 46-61.

Monk, P. H. (1997). "Théorie structurelle du travail social: applications pratiques aux fins de la prise de conscience chez les hommes", *Le travailleur social/ The Social Worker* (65, 3), pp. 125-134.

Morgan, David H. J. (1992). "Men and Methodologies", en David H.J. Morgan (ed.), *Discovering Men*, Londres, Routledge, cap. 8, pp. 160-186.

Moreau, Maurice (1987). "L'approche structurelle en travail social: implications pratiques d'une approche intégrée conflictuelle", *Service social* (36, 2-3), pp. 227-247.

Morier, Yves, Catherine Bluteau, Guy Bruneau, Claire Lessard y Pierre Beaudet (1991). *Intervention sociojudiciaire en violence conjugale*, Montreal, Wilson & Lafleur.

Murphy, Christopher M. y Victoria A. Baxter (1997). "Motivating Batterers to Change in the Treatment Context", *Journal of Interpersonal Violence* (12, 4), pp. 607-619.

Nantel, Yves y Éric Gascon (2002). "Les difficultés masculines et l'intervention sociale: une question de liens?", *Intervention* (116), pp. 103-111.

O'Neil, J. M. (1982). "Gender-Role Conflict and Strain in Men's Lives: Implications for Psychiatrists, Psychologists, and Other Human-Service Providers", en Kenneth Solomon y Norman B. Levy (eds.), *Men in Transition*, Nueva York, Plenum Press, pp. 5-44.

Organización Mundial de la Salud (2013). *Estimaciones mundiales y regionales de la violencia a la encontre des femmes: prévalence y conséquences sur la santé de la violence du partenaire intime y de la violence sexuelle exercée par d'autres que le partenaire.*

Disponible en:

[http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/85242/1/WHO\\_RHR\\_HRP\\_13.06\\_fre.pdf](http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/85242/1/WHO_RHR_HRP_13.06_fre.pdf):

(Página consultada el 17 de junio de 2014.)

Orme, Joan, Lena Dominelli y Audrey Mullender (2000). "Working with Violent Men from a Feminist Social Work Perspective", *International Social Work* 43(1), pp. 89-105.

Ouellet, Francine, Jocelyn Lindsay y Marie-Christine Saint-Jacques (1993). *Évaluation de l'efficacité d'un programme de traitement pour conjoints violents*, Quebec, Centre de recherche sur les services communautaires, Université Laval.

Pleck, Joseph H. (1981). *The Myth of Masculinity*, Cambridge, MIT Press.

Québec, Ministère de la Sécurité Publique (2012)

Disponible en:

<http://www.securitepublique.gouv.qc.ca/police/publications-statistiques-police/statistiques-violence-conjugale/statistiques-violenceconjugale/violence-conjugale-2012/13084/13086.html#c64950>

(Página consultada el 3 de diciembre de 2013.)

Québec, *Ministère de la Santé et des Services sociaux* (1992) *Intervention auprès des conjoints violents: orientations*, Quebec, Les Publications du Québec.

Rocher, Guy (1992). *Introduction à la sociologie générale*. Montréal: Hurtubise.

Rogers, Carl R. (1968). *Le développement de la personne*, París, Dunod.

Rondeau, Gilles (1989). *Les programmes québécois d'aide aux conjoints violents: Rapport sur les 16 organismes existants au Québec*, Quebec, Ministère de la Santé et des Services sociaux, Direction générale de la planification.

Rondeau, Gilles, Serge Brochu, Guy Lemire y Normand Brodeur (1999). *La persévérance des conjoints violents dans les programmes qui leur sont proposés, rapport de recherche*, Université de Montréal, Montreal, CRI-VIFF, coll. Études et analyses, núm. 7.

Roy, Valérie (2010). "Être une femme, être un homme y intervenir auprès des clientèles masculines", en Jean Martin Deslauriers (coord.), *Regards sur les hommes y les masculinités: comprendre e intervenir*, Quebec, Presses de l'Université Laval, cap. 7, pp. 177-197.

Salomé, Jacques (2003). *Relation d'aide y formation à l'entretien*, París, Presses universitaires du Septentrion.

Schrock, Doug P. e Irene Padavic (2007). "Negotiating Hegemonic Masculinity in a Batterer Intervention Program", *Gender & Society* (21), pp. 625-649.

Thompson, Edward H. et Joseph H. Pleck (1986). The Structure of Male Role Norms. *American Behavioral Scientist* (29, 5), pp.531-543.

Tremblay, Gilles y Pierre L'Heureux (2010). "Des outils efficaces pour mieux intervenir auprès des hommes plus traditionnels", en Jean Martin Deslauriers (coord.), *Regards sur les hommes y les masculinités: comprendre e intervenir*, Quebec, Presses de l'Université Laval, cap. 5, pp. 125-151.

Turcotte, Pierre (2014). "La ayuda a los hombres en violencia conyugal: del control social al cambio personal y social", trad. de Tatiana Sanhueza, *La Manzana* (IX, 13), julio.

Disponible en:

<http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num13/violencia.htm>

Turcotte, Pierre (2012). *Sortir la violence de sa vie: itinéraires d'hommes en changement*, Quebec, Presses de l'Université Laval.

Turcotte, Pierre (2010). L'aide aux hommes en violence conjugale: du contrôle social au changement personnel y social", en Jean Martin Deslauriers (coord.), *Regards sur les hommes y les masculinités: comprendre e intervenir*, Quebec, Presses de l'Université Laval, cap. 15, pp. 349-370.

Turcotte, Pierre(2002). *Points de vue de clients masculins sur leur processus de changement face à la violence conjugale*, tesis de doctorado en servicio social, Universidad de Montreal/Universidad McGill.

Turcotte, Pierre y François-Olivier Bernard (2008). "L'intervention auprès des hommes aux comportements violents et la socialisation de genre", en Dans S. Arcand, D. Damant, S. Gravel y E. Harper (eds.), *Violences faites aux femmes*, Québec, P.U.Q., pp. 299-314.

Turcotte, Pierre, Jean-François Vézina y François-Olivier Bernard (2008). "Développer une approche clinique sensible à la socialisation de genre des hommes s'appuyant sur l'analyse féministe de la violence conjugale par la recherche-action", en *Les réalités masculines: comprendre y intervenir*, Actas del coloquio del CRI-VIFF, pp. 69-78.

Tyagi, Smita Vir (2006). "Female Counselors and Male Perpetrators of Violence Against Women", *Women & Therapy* (29, 1-2), pp. 1-22.

West, Candace y Don H. Zimmerman (1987). "Doing Gender", *Gender & Society* (1), pp. 125-51.